

DESASTRES NATURALES E INFANCIA

Ricardo Fletes Corona
Universidad de Guadalajara-El Colegio de Jalisco

Los temblores más recientes en nuestro continente, que afectaron países como Haití y Chile, nos muestran –una vez más- no solamente la frágil condición humana, sino la carencia de medidas de planeación, construcción, seguridad, etc., que precedieron a estos hechos. La naturaleza, simplemente, sigue su “ritmo”, somos los humanos quienes nos empeñamos en hacer “como si” tuviésemos el control de aquella. Va a seguir temblando, los huracanes continuarán azotando nuestras costas, tornados se formarán, explotarán volcanes, lloverá intensamente y temporadas de intensa sequía se sucederán. No son predicciones, así ha sucedido en el pasado y seguirá sucediendo –tal vez con mayor intensidad- en el futuro. ¿Qué estamos haciendo para enfrentarnos a estos acontecimientos de la naturaleza y salir menos perjudicados?

La trágica combinación de negligencia gubernamental, la laxitud en la aplicación de reglamentos de construcción, la casi nula integración de planes y programas de protección civil, la poca capacitación de los ciudadanos para sumarnos y actuar junto a bomberos y demás socorristas cuando ello sea necesario, la baja presión social que ejercemos para que los gobiernos federales y locales asuman su responsabilidad plena, etc., etc., forman la suma de elementos que dan como resultado que eventos naturales se conviertan en tragedias y, éstas no son naturales, son sociales.

Lo sucedido en Haití y Chile son ejemplo de cómo la pobreza –asociada a muchos de los elementos planteados en el párrafo anterior- puede exacerbar las consecuencias de los movimientos telúricos. Pero al mismo tiempo descubre la fragilidad de un país mejor preparado técnicamente, teniendo como consecuencia una reacción social –al parecer- inesperada entre sus

ciudadanos. Hay que reconocer que existe más de alguna cosa que no estamos entendiendo bien, que se nos ha pasado por alto, con respecto al análisis de estos eventos de la naturaleza. El elemento humano, el elemento social nos parece agarrar por sorpresa... una vez más.

De nuevo, uno de los sectores más golpeados en todo esto resulta ser la infancia; miles, cientos de miles de niñas, niños y adolescentes que no sabemos cómo atenderlos, no en lo individual, sino en lo grupal, en las dimensiones que ahora se nos muestran, tanto en Haití como en Chile.

Desde luego, más que lamentarnos y buscar desesperadamente culpables, bien podríamos pensar y actuar bajo el impulso de estos hechos empíricos contundentes: estamos creando conglomerados humanos que, en caso de ocurrir accidentes, tragedias, que implican a miles de personas, no sabemos dar respuestas masivas. ¿Qué vamos a hacer y cómo vamos a prepararnos?

Como miembros de la red Childwatch, pero aún sin pertenecer a ella, bien podemos lanzar un programa de investigación amplio que se focalice en la infancia como centro y vea en la familia y la comunidad puntos de apoyo que, en momentos como los que acabamos de pasar, existan respuestas rápidas y de las dimensiones requeridas.

Creo que, si tomamos textos como “La infancia no es riesgo, es oportunidad” y “La comunidad no es riesgo, es oportunidad”, encontraremos el enorme valor que tiene fortalecer los lazos y redes sociales barriales, comunitarias. Ahí tenemos una clave, un elemento valioso que aportar, difundir y tratar de implementar en los barrios de nuestras aglomeradas ciudades.

El recuerdo de la experiencia vivida en la ciudad de México, pero también en otras ciudades más pequeñas de este mi país, durante los sismos de 1985, no fue la respuesta oportuna gubernamental ni la de los equipos de salvamento, en realidad luego se reconoció que no estábamos preparados; el recuerdo que nos queda de entonces es el de la gente auto organizándose,

trabajando juntos, unos cavando entre los escombros con rudimentarios instrumentos, otros preparando comida, llevando agua, retirando escombros, cuidando a los asustados niños y niñas. Lo novedoso fue la acción social que surgió casi de manera espontánea. Inclusive, algunos politólogos han llegado a sugerir que la raíz del cambio político en México, estuvo en la conciencia de la gente de su poder, de su capacidad de respuesta.

Estoy convencido que, si hemos de contribuir en algo a pensar y actuar frente a estos desastres “naturales”, es analizar cómo podemos generalizar el conocimiento que ya hemos producido y probado, y que mucho de ello se encuentra sistematizado en el par de textos referidos. Esa puede convertirse en una línea de acción, acompañado de un programa de investigación.

Insisto para terminar, fortalecer los lazos sociales, las bases de apoyo inmediatas, locales, contribuye a enfrentar mejor la mayoría de los problemas sociales, incluyendo ahí terremotos y otros eventos que llegarán en el futuro.